

José María Eguren

Mario Vargas Llosa

El distrito de Barranco, al sur de Lima, es probablemente el único barrio en el que coexisten, a pocas manzanas de distancia, los pisos más ricos de la ciudad y los más pobres. Los elegantes edificios del Malecón, junto al mar, tienen una vista soberbia sobre el océano Pacífico, sobre todo a la hora del crepúsculo, cuando el disco solar llameante se hunde en el remoto horizonte de las aguas y mucha gente viene a ver ese espectáculo excepcional: existe la creencia de que divisar la famosa rayita verde cuando el sol se oculta trae suerte.

A medida que el barrio se aleja del mar, se va empobreciendo; reemplazan a los altos y espléndidos edificios, otros más populares y casas y parques de la clase media, y, todavía más al este, el barrio decae y se empobrece hasta desordenarse y multiplicarse en pueblos jóvenes, como se llaman, eufemísticamente, los barrios pobres y pobrísimos de esteras y latas, donde malviven familias de emigrantes que han abandonado los pueblos del interior del país, huyendo de la miseria y la violencia, con la ambición de echar raíces y prosperar en Lima.

A fines del siglo pasado, Barranco estaba separado de la capital por chacras y sembríos y era un lugar de veraneo para las familias que huían del calor y venían a este barrio para escapar de sus sofocantes casas del centro de Lima, a ventilarse con la brisa del mar. Todavía quedan algunos ranchos de aquella época, convertidos ahora en talleres de pintores o galerías de arte, en cafetines y bares donde concurren periodistas y poetas y bohemios de toda clase, también turistas, porque Barranco tiene muchas peñas donde acuden, en las noches, los amantes de la música criolla, los valeses, las marineras, los pasillos y huaynitos. La última vez que estuve en Lima, mi hija Morgana me llevó a uno de estos

cafetines barranquinos a tomar desayuno. Desde el dueño hasta los camareros, todos eran exiliados venezolanos.

Barranco es todavía un barrio donde se suele salir a caminar, sin el riesgo de ser asaltado por los carteristas, algo que yo solía hacer con frecuencia, sobre todo en invierno, cuando Lima se sumerge en la neblina y los transeúntes parecen seres del otro mundo, espectros más que humanos. Herman Melville, el autor de Moby Dyck, llegó a Lima precisamente en esta época, en el siglo XIX, en un barco ballenero, y dejó dicho en una carta que, en esta extraña ciudad, los seres humanos, en las tardes de espesa neblina, se convertían en fantasmas.

En esas tardes y noches de invierno, al recorrer las calles empapadas por esa lluvia invisible que es la garúa, sumidas en la niebla que disuelve las casas y los árboles, no es imposible que quien recorre el barrio de Barranco se encuentre de pronto con el poeta José María Eguren (1874-1942), en la placita donde está todavía la casa donde vivió, escribió y jugó de niño, o en cualquiera de las calles paralelas, inmovilizadas en el tiempo, de un solo piso o a lo más de dos, con sus arbolitos y perros y gatos vagabundos, entre los hondos callejones donde se han ido instalando las familias de modestos ingresos. Ahí está él, con sus cabellos revueltos, sus ropas descuidadas de otro tiempo que parecen disfraces, y sus ojos de niño visionario y fantaseador, y en sus manos la maquinilla fotográfica diminuta de su invención con la que tomaba fotografías de flores, avецillas y animalitos minúsculos, y acaso de las hadas, ninfas y seres fabulosos con que creó un mundo aparte, del que dan testimonios sus poemas y en los que él creía firmemente. ¿Cómo no hubiera creído en ellos, cuando él los inventó y les dio esa vida perdurable e intemporal que tienen los seres de la buena poesía? Marionetas, reyes de Hungría, la bella Mignón, las Señas, Odín, los Eddas, las Walkyrias, la Niña de la Lámpara Azul, el Dios cansado, Peregrín cazador de figuras, Syhna la Blanca, el Pelele, la Diosa ambarina, Juan Volatín, los Gigantones, Liliput, las Alfas, y tantas otras figuras del sueño y la fantasía, procedentes de países europeos que él nunca pisó. Las culturas alemana, escandinava, francesa, española y algunas asiáticas impregnan sus poemas así como su fantasía, sus sueños y visiones. El mundo poético de José María Eguren no tiene conexión con el de los poetas contemporáneos de su tiempo y, sobre todo, con el más popular de entonces, el estentóreo José Santos Chocano. Los historiadores de la literatura, en su empeño catalogador, lo llaman simbolista, pero, la verdad, Eguren tuvo poco que ver con aquella escuela; su mundo es privado, personal y único, hecho de invenciones y mezclas extraordinarias, procedentes de tradiciones muy diversas, apropiadas por esa sensibilidad exótica, individualista y esa imaginación de niño que impregnó su poesía de misterio y de magia y de seres rutilantes y extraños.

Aunque en Barranco vivieron después de él otros importantes poetas, como Martín Adán y César Moro, y grandes pintores como Fernando de Szyszlo, fue seguramente Eguren quien hizo de este barrio el emblema mismo de la poesía y las artes, un vínculo que ha quedado y se ha ido cimentando con los años hasta convertir este distrito, en la imaginación popular y en los folletos turísticos, en el privilegiado de las musas, algo así como la sede hegemónica de la literatura y las artes en Lima y el Perú.

Se han hecho muchas ediciones completas de la obra de José María Eguren y todas resultaban siempre incompletas, porque, ya publicadas, aparecían poemas o cartas o textos extraviados en revistas o periódicos, o en las familias de los destinatarios de su correspondencia, que así las delataban. La que ahora ha reunido Daniel Lefort tiene más posibilidades de ser la que integre por fin todo lo que queda de Eguren o de sus contemporáneos que contribuya a redondear mejor la imagen del gran poeta que fue y de su vida pública y privada, tan discretas. Lefort es uno de esos peruanistas al que los peruanos estaremos siempre reconocidos. Estuvo, hace años, de Agregado Cultural de Francia en el Perú, y forjó entonces amistades muy estrechas con artistas e intelectuales peruanos, pero, sobre todo, con la cultura del Perú, que ha llegado a conocer y amar desde dentro, con una versación y un buen gusto admirables. Nadie ha contribuido tanto como él a hacerla conocida en Francia y en Europa, a base de traducciones, ensayos y ediciones, como la formidable, dedicada a César Moro, que apareció hace algunos años. Esta edición de la obra completa de José María Eguren está hecha con sabiduría y, sobre todo, con amor, con una identificación con ese poeta fuera de lo común, que en los años difíciles de comienzos del siglo veinte, fraguó un mundo personal e insólito –la hora de la maravilla– que, a medida que pasan los años, gana lectores y devotos por la fuerza de su imaginación, la delicadeza de su fantasía y la originalidad y riqueza de su expresión. Démosle una entusiasta bienvenida.*

Madrid, marzo de 2020

* Recordemos que la presente edición se basa en la que publicara Ricardo Silva-Santisteban en el año 2015: *Poesías completas y Prosa completa*, Lima, Biblioteca Abraham Valdelomar/Academia Peruana de la Lengua. (N. del E.)